

¿Y qué viene á ser Atenas, la heroica, la democrática, la culta, patria de los dioses y de los héroes, sino una ciudad habitada por un pueblo esclavo y por una aristocracia fiera y desvanecida, que no se llamó á sí propia pueblo, sino porque el pueblo no era nada?

Vengamos ahora á la nacion hebrea; y antes de todo hablemos de su Dios, porque su nombre está escrito con caracteres imperecederos en todas las páginas de su historia. Su nombre es Jehová; su naturaleza espiritual; su inteligencia infinita; su libertad completa; su independencia absoluta; su voluntad omnipotente. La creacion fué un acto de esa voluntad independiente y soberana. Cuanto creó con su poder, se mantiene con su providencia. Jehová mantiene á los astros en sus órbitas, á la tierra en su eje, al mar en su cauce. Las gentes se olvidaron de su nombre; y él retiró su mano de las gentes; y la inteligencia humana se vió envuelta de súbito en una eterna noche; y entónces eligió un pueblo entre todos y le llamó hácia sí, y le abrió el entendimiento para que entendiera; y entendió, y le adoró puesto de hinojos, y caminó por sus vías, y obedeció sus mandamientos, y se puso debajo de su mano llena de venganzas y de misericordias; y ejecutó el cargo de ser el instrumento de sus inescrutables designios; y fué la luz de la tierra.

Único entre todos los pueblos, escogido y gobernado por Dios, el pueblo hebreo es también el único cuya historia es un himno sin fin en alabanza del Dios que le conduce y le gobierna. Apartado de todas las sociedades humanas, está solo, solo con Jehová, que le habla con la voz de sus profetas y con la de sus sacerdotes, y á quien responde con cánticos de adoracion, que están resonando siempre en las cuerdas de su lira.

Los cánticos hebreos recibieron de la unidad magestosa de su Dios su limpia sencillez, su noble magestad y su incomparable belleza. ¿Qué viene á ser la senci-

llez de los griegos, milagro del artificio, cuando se ponen los ojos en la sencillez hebráica, en la sencillez del pueblo predestinado, que vió en el cielo un solo Dios, en la humanidad un solo hombre, y en la tierra un solo templo? ¿Cómo no habia de ser maravillosamente sencillo un pueblo para quien toda la sabiduría estaba en una sola palabra, que la tierra pronunciaba con la voz de sus huracaes, el mar con la ronca voz de sus magníficos estruendos, las aves con la voz de su canto, los vientos con la voz de sus gemidos?

Lo que caracteriza al pueblo hebreo, lo que le distingue de todos los pueblos de la tierra, es la negacion de sí mismo, su aniquilamiento delante de su Dios. Para el pueblo hebreo, todo lo que tiene movimiento y vida, es rastro y huella de su magestad omnipotente, que resplandece así en el cedro de las montañas como en el lirio de los valles. Cada una de las palabras de Jehová constituye una época de su historia. Dios le señala con el dedo la tierra de promision, y le promete que de su raza vendria aquel que anunció en el Paraiso en los tiempos adámicos por redentor del mundo y por rei y señor natural de las naciones. Esta es la época de la promesa, que corresponde á la de los patriarcas. Apartado de los caminos del Señor, levanta ídolos en el desierto, cae en horrendas supersticiones é idolatrías, y el Señor le anuncia disturbios, guerras, cautiverios, torbellinos grandes y tempestuosos, la ruina del templo, el allanamiento de los muros de la ciudad santa, y su propia dispersion por todos los ámbitos de la tierra. Esta es la época de la amenza. Por último, llega la hora en la plenitud de los tiempos, y aparece en el horizonte la estrella de Jacob, y se consuma el sacrificio cruento del Calvario; y el templo cae, y Jerusalén se desploma, y el pueblo judío se dispersa por el mundo. Esta es la época del castigo.

Ya lo veis, señores: la historia del pueblo hebreo no

es otra cosa, si bien se mira, sino un drama religioso, compuesto de una promesa, de una amenaza y de una catástrofe. La promesa la oyó Abraham, y la oyeron todos los patriarcas: la amenaza la oyó Moisés, y la oyeron los profetas: la catástrofe todos la presenciaremos. Vivos están los autores de esta tragedia aterradora. Vivo está el Dios de Israel, que tan grandes cosas obró para enseñanza perpétua de las gentes: vivo está el pueblo desventurado que puso una mano airada y ciega en el rostro de su Dios, y que, peregrino en el mundo, va contando á las naciones sus pasadas glorias, y sus presentes desventajas.

Si es una cosa puesta fuera de toda duda, que la explicacion de su historia está en la palabra divina, no es ménos evidente que hai una correspondencia admirable entre las vicisitudes de su poesía y las evoluciones de su historia. La primera palabra de su Dios es una promesa: su primer periodo histórico, el patriarcado; y los primeros cantos de su musa figen al pueblo la promesa de su Dios, y á Jehová las esperanzas de su pueblo. El encargo religioso y social de la poesía hebráica, en aquellos tiempos primitivos, era ajustar paces y alianzas entre la divinidad y el hombre: siendo los mensajeros de estas paces, por parte del hombre, su profunda adoracion; por parte de la divinidad, su infinita misericordia. Nada es comparable al encanto de la poesía bíblica que corresponde á este periodo.

El patriarca es el tipo de la sencillez y de la inocencia. Más bien que el varon incorruptible y justo, es el niño sin mancha de pecado: por eso, oye á menudo aquella habla suavísima y deleitosa con que Dios le llama hácia sí: por eso, recibe visitas de los ángeles. Más bien que el hombre recto, que anda gozoso por las vías del Señor, es el habitante del cielo que anda triste por el mundo, porque ha perdido su camino y se acuerda de su patria. Su único padre es su Dios, los án-

geles son sus hermanos. Los patriarcas eran entonces, como los apóstoles han sido despues, la sal de la tierra. En vano buscaréis por el mundo, en aquellos remotísimos tiempos, al hombre, pobre de espíritu, rico de fé, manso y sencillo de corazón, modesto en las prosperidades, resignado en la tribulaciones, de vida inocente y de honestas y pacíficas costumbres. El tesoro de esas virtudes apacibles resplandeció solamente en las solitarias tiendas de los patriarcas bíblicos.

Huésped en la tierra de Faraon, el pueblo hebreo se olvidó de su Dios en los tiempos adelante, y amanejó sus santas costumbres con las abominaciones egipcíacas: dióse entonces á supersticiones y agüeros en aquella tierra agorera y supersticiosa, y trocó á un tiempo mismo su Dios por los ídolos, y su libertad por la servidumbre. Arrancóles de ella violentamente la mano de un hombre gobernado por una fuerza sobrehumana, el mas grande entre los profetas de Israel, y el mas grande entre los hijos de los hombres.

Cuéntase de muchos que han ganado el señorío de las gentes, y asentado su dominacion en las naciones por la fuerza del hierro: de ninguno se cuenta sino de Moisés, que haya fundado un señorío incontrastable con solo la fuerza de la palabra. Ciro, Alejandro, Mahoma llevaron por el mundo la desolacion y la muerte; y no fueron grandes, sino porque fueron homicidas. Moisés aparta su rostro lleno de horror de las batallas sangrientas, y entra en el seno de Abraham, vestido de blancas vestiduras y bañado de pacíficos resplandores. Los fundadores de imperios y principados, de que están llenas las historias, abrieron las zanjas y echaron los cimientos de su poder, ayudados de fuertísimos ejércitos y de fanáticas muchedumbres. Moisés está solo en los desiertos de la Arabia, rodeado de un gigantesco motin por seiscientos mil rebeldes, y con éstos seiscientos mil rebeldes, derribados en tierra por su voluntad soberana,

se compone un gran imperio y un vastísimo principado. Todos los filósofos y todos los legisladores han sido hijos, por su inteligencia, de otros legisladores, y de más antiguos filósofos. Licurgo es el representante de la civilización dórica: Solon el representante de la cultura intelectual de los pueblos jonios: Numa Pompilio representa la civilización etrusca: Platon descendiende de Pitágoras: Pitágoras de los sacerdotes del Oriente. Solo Moisés está sin antecesores.

Los babilonios, los asirios, los egipcios y los griegos estaban oprimidos por reyes: y él funda una república. Los templos levantados en la tierra estaban llenos de ídolos: él da la traza de un magnífico santuario, que es el palacio silencioso y desierto de un Dios tremendo é invisible. Los hombres estaban sujetos unos á otros: Moisés declara que su pueblo solo está sujeto á su Dios. Su Dios gobierna las familias por el ministerio de la paternidad; las tribus, por el ministerio de los ancianos; las cosas sagradas, por el ministerio de los sacerdotes; los ejércitos, por el ministerio de sus capitanes; y la república toda, por su omnipotente palabra, que los ángeles del cielo ponen en el oído de Moisés en las humeantes cimas de los montes, que, turbándose con la presencia del que los puso allí, tiemblan en sus anchísimos fundamentos, y se coronan de rayos.

Con los patriarcas tuvo fin la época de la promesa, y en Moisés tiene principio la época de la amenaza. Con la palabra de Dios, cambia de súbito el semblante de su pueblo; y la poesía hebrea se conforma de suyo á ese nuevo semblante y á aquella nueva palabra. Dios se ha convertido, de Padre que era, en Señor: el pueblo, de hijo que era, en esclavo: Dios le quita la libertad, en castigo de sus prevaricaciones, y en premio de su rescate.—“Yo soi vuestro Dios, y vosotros sois mi pueblo”,—habia dicho Jehová á los santos patriarcas: —“ya soi tu Señor y tu propietario; el que te libró de

UNIVERSIDAD DE
BIBLIOTECA Y ARCHIVO

la servidumbre de los Faraones”:—esto dice Jehová por la boca de Moisés á su pueblo prevaricador y rebelde: Dios deja de hablar dulce y secretamente á los hombres: los ángeles no visitan ya sus tiendas hospitalarias: la blanca y pura flor de la inocencia no abre su casto cáliz en los campos de Israel que resuenan lúgubremente con amenazas fatídicas y con sordas imprecaciones. Todo es allí sombrío: el desierto con su inmensa soledad, el monte con sus pavorosos misterios, el cielo con sus aterradores prodigios. La musa de Israel amenaza como Dios, y gime como el pueblo. Su pecho, que hierve como un volcan, está henchido hoy de bendiciones, mañana de anatemas: sus cantos imitan hoy la apacible serenidad de un cielo sin nubes; mañana el sordo estruendo de un mar en tumulto: hoy compone su rostro con la magestad épica, mañana se descomponen sus facciones con el terror dramático: poco despues, parece una bacante en su desórden lírico: ya se cife de palmas y canta la victoria: ya se inunda de llanto, y deja que se escapen de su pecho tristes y dolorosas elegías.

Moises, que es el mas grande de todos los filósofos, el mas grande de todos los fundadores de imperios, es tambien el mas grande de todos los poetas. Homero canta las genealogías griegas; Moisés las genealogías del género humano: Homero cuenta las peregrinaciones de un hombre; Moisés las peregrinaciones de un pueblo: Homero nos hace asistir al choque violento de la Europa y del Asia; Moisés nos pone delante las maravillas de la creacion: Homero canta á Aquiles; Moisés á Jehová: Homero desfigura á los hombres y á los dioses; sus hombres son divinos, y sus dioses humanos: Moisés nos muestra sin velo el rostro de Dios y el rostro del hombre. El águila homérica no subió más alta que las cumbres del Olimpo, ni voló más allá de los griegos horizontes. El águila del Sinaí subió hasta el trono resplandeciente de Dios, y tuvo debajo de

sus alas todo el orbe de la tierra. En la epopeya homérica, todo es griego: griego es el poeta, griegos son los dioses, griegos los héroes. En la epopeya bíblica, todo es local y general, á un tiempo mismo. El Dios de Israel es el Dios de todas las gentes: el pueblo de Israel es sombra y figura de todos los hombres. Entre la epopeya homérica y la bíblica, entre Homero y Moisés, hai la misma distancia que entre Júpiter y Jehová, entre el Olimpo y el cielo, entre la Grecia y el mundo.

Ya lo veis, señores: para los que como nosotros comprenden la incómensurable distancia que hai entre la divinidad gentilica y la hebrea, y entre el sentimiento religioso del pueblo de Dios y el de los pueblos gentiles, la causa de la índole diversa de sus grandes monumentos poéticos no puede ser una cosa escondida y oculta; éralo en tiempos pasados, cuando todas las gentes andaban en tinieblas, y cuando la naturaleza del hombre y de Dios eran secretos escondidos á todos los sabios. Pero como quiera que no podeis tener por ocioso y por fuera de sazón que mayores torrentes de luz esparzan la claridad de sus rayos sobre tan árdua y tan importante materia, bueno será que haga una estacion aquí para llamar vuestra atencion hácia la distancia que hai entre la mujer hebrea y la gentilica, y hácia los diversos encargos que la dieron esas gentes en los domésticos hogares.

Y no extrañeis, señores, que inmediatamente despues de haberos hablado de Dios, os hable de la mujer. Cuando Dios, enamorado del hombre, su mas perfecta criatura, determinó hacerle el primer don, le dió en su amor infinito á la mujer, para que esparciera flores por sus sendas y luz por sus horizontes. El hombre fué el señor, y la mujer, el ángel del Paraíso. Cuando la mujer cometió la primera de sus flaquezas, Dios permitió que el hombre cometiera el prime-

ro de sus pecados, para que vivieran juntos: juntos salieron de aquellas moradas espléndidas, con el pie lleno de temblor, el corazon de tristeza, y con los ojos oscurecidos con lágrimas. Juntos han ido atravesando las edades, su mano puesta en su mano, ora resistiendo grandes torbellinos y tempestades procelosas, ora dejándose llevar mansa y regaladamente por pacíficos temporales, surcando el mar de la vida con grande bonanza y con sosegada fortuna. Al herir Dios con la vara de su justicia al hombre prevaricador, cerrándole las puertas del delicioso jardin que para él habia dispuesto con sus propias manos, tocado de misericordia quiso dejarle algo que le recordará el suave perfume de aquellas moradas angélicas; y le dejó á la muger, para que al poner en ella sus ojos, pensara en el Paraíso.

Antes que saliera del Eden, Dios prometió á la muger, que de sus entrañas naceria, andando el tiempo, el que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente. De esta manera, el Padre de todas las justicias y todas las misericordias juntó el castigo con la promesa, y el dolor con la esperanza. Conservóse completa esta tradicion primitiva, segun la cual la muger era dos veces santa, con la santidad de la promesa y con la santidad del infortunio, entre los descendientes de Seth, que merecieron ser llamados hijos de Dios: alteróse empero notablemente entre los descendientes de Cain, que por su mala vida y estragadas costumbres fueron llamados hijos de los hombres: los primeros respetaron á la muger, uniéndose con ella en la tierra con el vínculo santo, uno é indisoluble que el mismo Dios habia formado en el cielo: los segundos la envidieron y degradaron, instituyendo la poligamia, mancha del lecho nupcial, siendo Lamec el primero de quien se cuenta que tomó por suyas dos mugeres. Con estos malos principios, fueron los hombres á dar en grandes estragos, hasta que, generalizada la corrupcion, se hizo necesaria la intervencion